

tarse una proposicion, cuyo texto decia que no habiendo sido refutada ninguna de las doctrinas sostenidas por Zuinglio se pedia con rendida peticion á este que siguiese con verdadera constancia en sus predicaciones. Entonces el emisario episcopal se declaró pronto á discutir, pero en presencia de cualquiera de las grandes universidades europeas. Zuinglio le respondió que no habia universidad superior á la Escritura. Y el emisario de Constanza replicó á Zuinglio que con la Escritura sola nunca se resolviera la cuestion arriana. El revolucionario suizo replicó que en la cuestion arriana, como en todas las grandes cuestiones teológicas, solamente de la Escritura se habia sacado la base y el fundamento de las verdaderas y sólidas creencias. El debate se redujo á esto y la sesion se levantó sin mas consecuencias.

Pero la autoridad tradicional estaba herida de muerte. Las ideas nuevas encontraban, como siempre, su vigor propio en la resistencia que le oponian las viejas ideas. Un sacerdote de Basilea se refugió en Zurich, huyendo á sus perseguidores, que le acusaran de haber sustituido en una procesion religiosa la hostia con la Biblia. Leon-Jud, cura de Zurich, tambien se casó públicamente, y se propuso bautizar á sus hijos con agua bendita, pero, en aleman y sin exorcismos. Al poco tiempo las fuerzas de las ideas, como si fueran ráfagas de viento, abrieron los monasterios y patentizaron las clausuras. El poder civil se creyó con autoridad para la reforma de los cabildos y la aplicacion á las escuelas de los ahorros que estas reformas procurasen. La transformacion se verificara lentamente con transacciones sucesivas, por el método sencillo de la evolucion, si no vinieran los exagerados y las exageraciones á impedirlo. Todo aquel que se proponga la mejora de las sociedades humanas debe contar con la inquietud de los impacientes y con la exageracion de los utopistas. Estos, pues, rodearon al revolucionario y le pidieron un paso aceleradísimo que no podia tomar y un credo extremo que no podia sostener. Así miles de cuestiones se suscitaron por estos conflictos entre aquellos que, hombres de Estado, cuentan con el tiempo, y aquellos que, revolucionarios teóricos, creen derretir la sociedad y purificarla en las llamadas de su interior pensamiento. Uno de estos, acercándose cierto día con irreverencia punible á Santo Crucifijo consagrado por las oraciones del pueblo, lo derribó de un golpe á tierra, produciendo el escándalo consiguiente á tal

desacato. Los católicos se sintieron todos heridos en el corazon y los protestantes mismos temieron á una que en el oleaje de tantas violencias se perdiera y zozobrara toda religion. Al clamor popular, que tanto impera en las democracias, desenterráronse las leyes antiguas y se vió que castigaban aquellos sacrilegios con pena de muerte. Por uno de esos flujos y reflujos constantes en los períodos revolucionarios el veredicto popular contra el improvisado iconoclasta, se hubiera de seguro cumplido, á no interponerse la escuchada palabra de Zuinglio, el cual declaró contrario al espíritu cristiano el culto á las imágenes. Y como quiera que la conciencia popular en cada una de estas arengas del predicador latia y á la conciencia popular no le cuadraba el decidirse y resolverse, sino en grandes asambleas populares, convocóse otra nueva, como la celebrada antes, y sometióse, como cumple á una república, íntegramente aquella cuestion, la cual tenia un fondo dogmático, pero una forma esencialmente política. El asunto restricto era el asunto de la imagen derribada, causa ocasional de aquel nuevo concilio democrático; pero el asunto verdadero era el culto á las imágenes y por extension lógica el sacrificio de la misa. Un suceso importantísimo demostró cómo avanzaban las ideas nuevas y retrocedian las viejas ideas; mientras la mayor parte de los congregados en el primer coloquio se reunieron, el obispo de Constanza no envió sus embajadores. Así, para justificar la legitimidad del congreso y el poder de sus decisiones, sostuvo Zuinglio su teoría respecto á la autoridad y al poder de la Iglesia. Esta teoría daba en verdad al cuerpo congregado para decidir su jurisdiccion y su competencia. En sentir del reformador las Escrituras hablan de lo que llaman ellas iglesias particulares é Iglesia universal. Si la reunion de los obispos con el Papa no puede restringirse hasta iglesia particular, tampoco puede extenderse hasta Iglesia universal cuando la universalidad solo se encuentra en la suma de todos los fieles. Y apoyándose con firmeza en esta gran tésis, allegada con meditacion, propuso Zuinglio que el congreso, en cuyo seno hablaba, parte integrante de la Iglesia universal, acordase y resolviese como pudiera fundamentalmente acordar y resolver un concilio ecuménico. En realidad, ausentes los apoderados del obispo de Constanza, no hubo discusion. La idea nueva embargaba con tal embargo los ánimos que, consultados todos los presentes, dijeron no tener nada que decir ni en pro

del culto á las imágenes sagradas ni en pro del sacrificio de la misa. Este resultado entusiasmó en tales términos al predicador revolucionario que, levantando ojos y brazos al cielo, y vertiendo copiosas lágrimas pronunció una invocación á Dios. La asamblea se contagió de este entusiasmo y el consejo de Zurich reflexionó sobre si debía en aquella coyuntura mantener la legislación anterior, la antigua penalidad contra los que desacataran ó rompieran las imágenes. Excogitóse un término medio, y aquel hecho, que en otro tiempo hubiera sido un atentado á la seguridad pública, quedó reducido á un quebrantamiento de las ordenanzas de policía y castigado su autor á dos años de destierro.

Tales triunfos alentaron á Zuinglio y le movieron á dirigir instrucciones á la clerecía sobre la predicación del Evangelio. En virtud de esta autoridad, nacida del propio mérito y universalmente acatada por aquellos sobre quienes se ejercía, muchos sacerdotes dejaron de decir misa y creyeron única norma de su vida la conciencia y única pauta de su fe la Escritura. A consecuencia de esto las imágenes desaparecieron de los templos como una generación que se despidiera de la vida; callaron los órganos que antes animaban las inanimadas bóvedas con sus notas y con sus acordes; los rezos antiguos se suspendieron sobre el ataúd y sobre la sepultura de los muertos; cesaron las bendiciones que caían como un rocío en los campos y los exorcismos que descargaban de sus rayos á las nubes; el culto del catolicismo, culto eminentemente social y artístico, fué sustituido por el culto severo que surgía de los profundos senos del pensamiento y que tomaba por principales ofrendas la oración espiritual y la divina palabra. Y en esto, como en todo, mostró Zuinglio los dos caracteres de su doctrina, el carácter federal que todo lo descentraliza dejando á cada Iglesia su derecho á la propia organización, y el carácter de oportunidad que cuenta siempre con la sanción del tiempo dejando á cada cual el elegir la hora mas á propósito para realizar las reformas. Lo cierto es que, merced á esta prudencia, el cambio se consumó sin perturbaciones y sin trastornos.

Eminentemente espiritualista, bastábale á este pensador extraordinario el culto purísimo del espíritu humano al divino espíritu. Como Dios no puede caer bajo la experiencia, como no puede Dios llegar hasta el sentido, necesi-

tase tan solo buscarlo por medio de la interior contemplación. Orador, si no extraordinario, elocuente, no podía menos de admirar las grandes obras de las artes plásticas y en su admiración no podía menos de comprender cuánto se necesita para los progresos del humano linaje. Pero se oponía resueltamente á que recibiesen estas formas materiales y externas el culto debido tan solo á la esencia sustancial del pensamiento. Por estos sencillos modos realizaba y cumplía el gran reformador suizo la revolución religiosa.

Imposible toda revolución humana sin la reacción consiguiente. Imposible la reacción sin el terror que acompaña siempre á la fuerza cuando necesita luchar con las ideas. El sentimiento católico no podía retroceder á los primeros conjuros de la revolución. Tenía que organizarse con nueva fuerza é ímpetu á medida de las resistencias. La Dieta de la confederación, congregada en Lucerna, prohibió terminantemente las innovaciones religiosas, mientras no las sancionara el concilio universal. A consecuencia de esta determinación, alzóronse por doquier los cadalsos, achaque propio de aquellos siglos tenebrosos, en los cuales se creía cosa fácil extirpar por el hierro y el fuego de los senos espirituales del alma la fe y las ideas. El primero en sufrir las iras de la persecución, fué aquel mismo que suscitó las cuestiones religiosas en Suiza con el derribo é inmolación de las imágenes. Arrastrado desde Baden, donde se refugió un tiempo, á Lucerna, confesó su fe delante de la Dieta herida é irritada. Y la Dieta, en cuyas manos estaba el gobierno central de la federación, le condenó á muerte. Todos los principios de derecho se desconocían y vulneraban á una en esta edad siniestra de crueldad. Como quisiera el infeliz defenderse, interrumpiéronle, diciéndole que cesase por completo en aquella garrulería. Como intentase demostrar la pureza de su doctrina, díjole uno de sus jueces que creería en ella cuando volviese á ponerse sobre los hombros la cabeza despues que de los hombros se la hubiera derribado el verdugo. Las discordias religiosas exigían la persecución sañuda. El creyente fué mártir de su creencia, sin que se conmovieran por aquel martirio ni sus verdugos ni sus jueces.

La revolución creció á medida que crecía la resistencia. Mientras la Dieta general, en que toda la nación se hallaba representada, tendía por completo á la estabilidad, tendían los consejos cantonales á la revolución. El gobierno de

Constanza prescribió á los predicadores la pura predicacion del divino Evangelio. El consejo de Berna inauguró tambien con grande impulso la revolucion religiosa. Schaffhausen abolió las órdenes monásticas. Parroquias enteras admitieron el matrimonio eclesiástico. Los monjes de cada orden iban dejando sus conventos y reuniéndose todos en uno solo para pasar de aquel escollo altísimo á la sociedad y al mundo. Muchas de las principales abadías trocaron así en refugio de los pobres, hospital de los enfermos, asilo de los dementes. Véase por todas partes las monjas, que apenas acababan de colgar el velo, uniéndose en matrimonio con los eclesiásticos que apenas acababan de colgar el hábito. Los dos escritores Jud y Zuinglio traducian la Biblia y entre las muchedumbres la divulgaban. Los municipios de Zurich daban á su consejo cantonal un voto de confianza para que pudiese organizar las innovaciones impuestas por el movimiento natural de las ideas y de los sucesos. Poco á poco un cambio surgido con espontaneidad de todos los entendimientos se arraigaba en las costumbres y se cuajaba en las instituciones sin necesidad por cierto de que lo dispusiese como en Inglaterra lo habia dispuesto ni el mandato de ningun monarca, ni la fuerza y autoridad coercitiva de ningun Estado ni gobierno. Era realmente aquella la revolucion de la libertad, la revolucion de la democracia, la revolucion de la república, surgida por su propio soberano impulso de la vasta mente de vieja sociedad en crisis, que atravesaba de unos hemisferios á otros hemisferios del tiempo con rapidez vertiginosa.

Naturalmente, las resistencias debian parecerse á los impulsos. En Turgovia el cura Stein se veia por la reaccion arrancado á su curato, y los campesinos se levantaban á su favor, y en la ebullicion de sentimientos congénita con estos períodos críticos, incendiaban los monasterios. Tales desórdenes de abajo redoblaban la resistencia de arriba y esparcian por doquier las sombras siniestras de los cadalsos, siempre horribles, pero mucho mas horribles cuando castigan hechos de conciencia. Complicábase, pues, con todos estos accidentes el grande y extraordinario de la conmocion conocida con el nombre de guerra de los campesinos ó de levantamiento de los anabaptistas. Pocas veces se ha visto una crueldad mayor. Los mismos hechos horribles que sucedieron en Alemania, sucedieron en Helvecia. Un rico campesino de San Gall, porque

su hijo tuvo un éxtasis, le dió á beber hiel de toro, y le atravesó luego las entrañas con su cuchillo de caza. El anabaptismo creaba una variedad nueva de ideas y doctrinas y una separacion de sectarios en el seno de la Iglesia reformada. Creyendo necesario el bautismo, solo creian en su eficacia, cuando lo demandaba la razon madura del hombre; sin que lo impusiera la autoridad material del padre. Pero, aparte de esta cuestion, esencialmente religiosa, habia tambien una cuestion social y política. Sacaba el campesino de su libre exámen conclusiones favorables á su independecia individual y de su independecia individual conclusiones favorables á su posicion material. Pedia, pues, el campesino, á diferencia de Lutero y de Zuinglio que solo pedian una revolucion religiosa, pedia el campesino, una revolucion política y una revolucion social. En Suabia comenzó la insurreccion y de Suabia se extendió por Austria, Suiza y Alemania. Y no puede desconocerse una verdad patente, á saber: que la revolucion de los campesinos tuvo modificaciones importantísimas en Zurich bajo el poder moral de Zuinglio.

Un hombre de la naturaleza de Zuinglio, revolucionario exaltado, pero tambien convencido de la necesidad que tenia toda revolucion para progresar de acomodarse á las exigencias de las costumbres y al movimiento de los tiempos, debia distinguirse de la secta, violenta en sus pasiones, extrema en sus ideas, desconocedora de la viviente realidad, enemiga de las transacciones y que conjuraba contra sí todos aquellos elementos que tienen una autoridad suprema y una inmanente fuerza en el seno de las sociedades humanas. De tendencias religiosas el anabaptismo, no tenia Zuinglio mas remedio que combatirlo intelectual y moralmente por imposicion de su fe propia y consejo de su propia conciencia. Pero habia un mal en la extraña situacion á que le impulsaron los sucesos. Mientras él combatia con razonamientos mas ó menos científicos la secta nueva, el Estado la perseguia y acusaba, con fuerzas materiales. De aquí una situacion análoga ciertamente á la situacion de Lutero en Zuinglio, un rompimiento inevitable con los mismos que habian salido del seno de su revolucion. Glever y Manst, jefes de los anabaptistas suizos y cómplices de los anabaptistas alemanes, diéronse á bautizar adultos y á combatir la prudencia y la sensatez de Zuinglio, á quien repugnaban por igual así la importancia dada por los anabaptistas á la ceremonia del bautismo